

Antes de morir...

Giovanni Rubiano¹

Estoy demasiado cansado para escribir, mis dedos se mueven más por inercia que por el impulso neuronal que mi cerebro emite. La falta de comida ya está consumiendo la poca grasa que mi cuerpo almacenó durante años y años de éxito como escritor. Es irónico como en menos de un año pasé de escribir en mi *Granville Automatic*, a tallar sobre el caparazón de una tortuga verde, la cual conseguí hace días para comer.

Alguna vez leí un libro que trataba de cómo un científico creaba una bestia, un monstruo y este asesinaba a toda su gente cercana. Tengo que admitir que siempre me identifiqué con el científico; pues aunque no lo crean el arte y la ciencia tienen un vínculo: La inconformidad. El hombre, entre más conoce del universo, más hambre tiene de poseer todo el conocimiento que este brinda. El artista, entre más éxito tiene, cree tener menos del que debería.

Yo por mi parte, tengo poco éxito, mucho menos que el de mi esposa; a quién asesinó hace apenas una semana, por piedad, por misericordia y... por hambre. Mi esposa se llamaba María, era una mujer delgada, corriente e insípida para muchos; para mí, la mujer más agraciada, con la belleza más refinada y la inteligencia más absoluta entre todas las que he conocido. Inteligencia casi tan impresionante, como la de su padre, a quien le debo el

¹ Estudiante de la Licenciatura de Humanidades e Idiomas, Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad Libre. Correo electrónico: giovannia.rubianog@unilibrebog.edu.co

viaje que me dejó a la deriva; pues fue por su culpa, que yo cometí la insolencia de venir a uno de los puntos más inestables de alta mar.

Él era un marinero, uno muy conocido y del cual tuve que traducir varias expediciones, que con el tiempo, me empezaron a intrigar. En ellas narraba serpientes marinas, seres mitológicos similares al Kraken e incluso sirenas con las que tuvo noches plenas. El detalle en sus descripciones, la pasión con que escribía sus bitácoras y mi imaginario me jugaron una mala pasada. Finalmente, me perdí en sus narraciones. ¿Pueden creerlo? ¿Un escritor abstraído por las narraciones de un simple marinero? Vaya ironía.

María tenía mucho de su pasión, a tal punto que cuando le insinué que quería

seguir la ruta suicida de su padre, ella cogió el teléfono para contactar a una agencia de viajes (admito que ese detalle me hizo dudar sobre mi noción de inteligencia en esta mujer). Le pregunté si creía que habían agencias de viajes con marineros suicidas... ella admitió que tuvo un momento de irracionalidad originado por los nervios y el colapso de sus emociones.

El naufragio fue apenas dos días después de empezar la ruta, una tormenta que parecía empujada por el tridente del mismo Poseidón, nos dejó a mí, a mi amada y al monstruo que creé en mi interior, en un bote sin provisiones. Lo demás se puede deducir, mi amada, María, estaba moribunda y yo le puse fin a su vida para cortar su sufrimiento y así, satisfacer mi hambre.

Ahora, no sé si muera o si en las próximas horas encuentre un escape. Pero quería tallar mi historia sobre este caparazón para que sea presagio de la suerte que tendrán, quienes sigan a ese monstruo interior que desea más.